



## EL TESORO

Lo que voy á referir sucedió en el país de los sueños. ¿Verdad que algunas veces gusta echar un viajecillo á esa tierra encantada, de azules lejanías, de irisadas playas, de bosques floridos, de ríos de diamantes y de ciudades de mármol, ciudades donde nada deja que desear la policía urbana, ni el servicio de comunicaciones, ni el tiempo, que siempre es espléndido, ni la temperatura, que jamás sopla el trancazo y la bronquitis?

En tan deliciosa comarca vivía una moza como un pino de oro, llamada Inés. Quince Mayos agruparan en su gallarda persona todas las perfecciones y gracias de la naturaleza, y en su espíritu todos los atractivos misteriosos del ideal. Porque instintivamente—supongo que lo habréis notado—atribuimos á las niñas muy hermosas bellezas interiores y psicológicas que correspondan exactamente á las que en su exterior nos embelesan. Aquellos ojos tan claros, tan nacarados y tan húmedos de vida, no cabe duda que reflejan un pensamiento sin mancha,

comparable al ampo de la misma nieve. Aquella boca hecha de dos pétalos de rosa de Alejandría, sólo puede dar paso á palabras de miel, pero de miel cándida y fresca. Aquellas manitas tan pulcras, en nada feo ni torpe pueden emplearse: á lo sumo podrán entretejer flores, ó ejecutar primorosas laborcicas. Aquella frente lisa y ebúrnea no puede cobijar ningún pensamiento malo; aquellos pies no se hicieron para pisar el barro vil de la tierra, sino el polvo luminoso de los astros; aquella sonrisa es la del ángel... ¡Acabáramos! Esta es la palabra definitiva: de *ángeles* se gradúan todas las doncellitas lozanas, y de *brujas* todas las apollilladas y estropajosas viejas: que así como así el alma no se ve por un vidrio, sino envuelta en el engañoso ropaje de la forma, y si Carlota Corday no es linda, en vez del *ángel del asesinato* la ponen *el demonio*.

De lo dicho resulta que Inés poseía y ostentaba el diploma angelical, y no sólo lo poseía sino que era digna de él. Sus ojos radiantes, su ingenua boca entreabierta, su frente sin una nube, no mentían, no. Inés no sabía jota de lo malo. Imaginaos una tabla rasa donde nada hay escrito; suponed un lienzo sin una sola mácula; figuraos un pajarito de plumas blancas, al que ni por casualidad le encontraríamos una de medio color, y tendréis apropiada imagen de lo que eran el alma y el corazoncito y los sentidos y las potencias de Inés.

Con todo eso, y dado que á fuer de biógrafo puntual y exacto no quisiera errar ni en una

coma, he de confesaros que allá en el más escondido camarín del pensamiento de la niña había... ¿qué? ¿El pelito invisible que rompe el cristal? ¿El globulito de ácido que corroe el acero? Menos que eso... Una curiosidad.

Es el caso que yendo Inés cierta tarde de paseo por las orillas del riachuelo, festoneadas de anémonas, espadañas y gladiolos, en un remanso formado por dos peñascos que casi se tocaban, vió que hacia la base de las rocas abriase la bocaza de una cueva oscura. Mirando estaba al antro y cavilando qué podría ocultar en su seno, cuando del agujero se destacó una figura humana, un anciano de melena gris, túnica morada, gorro puntiagudo, varilla en cinto, y, en suma, toda la traza de un nigromante de comedia. Acercóse el brujo á la niña, y con sonrisilla de malignidad la entregó un cofrecito de preciosa filigrana, incrustado de corales y esmaltado de raros signos negros y desconocidos caracteres. Inés, que no podía más de miedo, iba á rehusar la dádiva del brujo; pero éste, con razones muy perfiladas y tono de autoridad, la mandó que se guardase el cofre, añadiendo que era un obsequio que la destinaba, ya que se había acercado tanto á la cueva, donde no entraba ningún ser humano. "El cofrecito—añadió—es de por sí un tesoro; pero contiene otro más inestimable aún: como que encierra el tesoro de tu inocencia. No pierdas nunca ese cofre, no lo abras, no lo rompas, no lo regales, no lo vendas, no te apartes de él un minuto... y adiós, y que seas muy feliz, Ine-

silla. ¡Ay! Desde que te he visto... créelo, me pesan más las tres mil Navidades que ayer cumplí.,,

Volvióse el mágico á su caverna, é Inés regresó á su casa con el cofrecillo muy agarrado, sin atreverse ni á mirarlo casi. La parecía tan bonito y tan frágil, que temía se fuese á evaporar. Lo depositó en sitio seguro, y desde aquella misma hora la inevitable curiosidad empezó á tentarla, dictándola monólogos del tenor siguiente:

—Bueno, ya sé que no debo abrir ni romper ese cofrecito. Corriente: no lo abriré, ni lo romperé. Pero ¿y si Dios quiere que se abra solo? Lo que es entonces... entonces si que, pese á quien pese, me entero de lo que hay guardado en él. ¿Se abrirá? Dios mío ¡que se abra! La estantigua del brujo aquel me dijo que el cofre encierra mi inocencia. Eso precisamente es lo que me hace rabiar. Si me hubiese dicho que encerraba una flor, una alhaja, una mariposita, una cinta, un pomo de esencia... ¡bah! entonces, un comino se me importaría verlo. ¡Pero mi inocencia! Si no tuviese curiosidad sería yo de palo. ¿Cómo será una inocencia? Nunca me enseñaron por ahí inocencia alguna. ¿Será verde? ¿Será azul? ¿Será colorada? ¿Será larga? ¿Será redonda? ¿Será linda? ¿Será horrible? ¿Picará? ¿Tendrá veneno? ¿Será un gusano? ¿Será...? ¡Válgame Dios! ¡Pues si ya me ha levantado jaqueca la inocencia maldita!

En estos dares y tomares, y cavilaciones y discursos andaba Inés, y todos venían á parar

en ganas de mandar á paseo las prohibiciones del mágico y abrir el cofrecillo, en vista de que ninguna probabilidad tenía á su favor la hipótesis de que solo y por su propia virtud se abriese. No obstante, el recelo la contenía y el encantado cofre permanecía intacto.

Ahondando más en sus meditaciones, Inés se resolvió á salir de dudas sin infringir la ley, y empezó á preguntar á sus amigas y amigos qué hechura tenía la inocencia, de qué color era y para qué servía. Con gran sorpresa y mayor disgusto notó que nadie la respondía acorde, ni la proporcionaba el menor dato que pudiese guiarla en su indagación. Unos fruncían la boca, bajaban la vista y se quedaban perplejos; otros se reían, mitad con fisga y mitad con lástima; alguno la reprendió por venirse con tales preguntas, impropias de una niña formal y honrada, con lo cual Inés, muy compungida, lloró de vergüenza, ignorando qué clase de delito había cometido para que la trataran así.

Convencida ya de que nadie la diría más que chirigotas ó cosas duras, atormentada por el enigma que se cifraba en el cofrecillo, la niña se desmejoró, se sintió atacada de inquietud febril, y, á ratos, de ese marasmo profundo que sigue á las reacciones violentas de la voluntad. Porque no hay cosa de más tormento para el espíritu que la acción concebida, deseada y no ejecutada, y ese es el mal terrible de Hamleto: la indecisión. En verdad os digo que si Hamleto fuese mujer, no se vuelve loco por estancación de la voluntad. La mujer es más resuelta: quie-

re y hace. Inés, al sentirse enferma, quiso sanar, y una mañana, sola, trémula, rompió la cerradura del cofrecillo del mago.

Alzó la tapa, aquel velo de Isis... ¡Oh asombro! En el fondo del cofrecillo no había cosa alguna... Repito que nada; ni rastro, ni ostugo, ni señal del cacareado tesoro. La atónita Inés únicamente creyó ver que por el aire se dispersaba una leve y blanquecina columna de humo... Al mismo tiempo, los desconocidos caracteres de esmalte negro que adornaban los frisos del cofrecillo se aclaraban hasta convertirse en signos del alfabeto que poseía Inés, la cual, abriendo mucho los ojos, leyó de corrido:

*“Cuando sepas lo que es la inocencia, será que la perdiste.”*





## LA PALOMA NEGRA

S OBRE el cielo, de un azul turquí resplandeciente, se agrupan nubes cirrosas, de topacio y carmín, que el sol, antes de ocultarse detrás del escueto perfil de la cordillera líbica, tiñe é inflama con tonos de incendio. Ni un soplo de aire estremece las ramas de los espinos; parecen arbustos de metal, y el desierto de arenase extiende como playazo amarillento, sin fin.

Los solitarios, que ya han rezado las oraciones vespertinas, entretegido buen pedazo de estera y paseado lentamente desde el oasis al montecillo, rodean ahora al santo monje del monasterio de Tabenas, su director espiritual, el que vino á instruirles en vida penitente y meritoria á los ojos de Dios. De él han aprendido á dormir sobre guijarros, á levantarse con el alba, á castigar la gula con el ayuno, á sustentarse de un puñado de hierbas sazonadas con ceniza, á usar el áspero cilicio, á disciplinarse con correas de piel de onagro, y á permanecer horas enteras inmóviles sobre la estela de granito, con los brazos en cruz y todo el peso del

cuerpo gravitando sobre una pierna. De él reciben también el consuelo y el valor que exigen tan recias mortificaciones: él, á la hora melancólica del anochecer, cuando el enemigo ronda entre las tinieblas, les entretiene y reanima contándoles doradas y dulces historias, y hablándoles del fervor de las patricias romanas, que se retiraron al monte Aventino para cultivar dos virtudes: la castidad y la limosna. Al oír estos prodigios del amor divinal, los solitarios olvidan la tristeza, y la concupiscencia, domada, lanza espumarajos por sus fauces de dragón.

Pendientes de la palabra del santo monje, los solitarios no advierten que una aparición, bien extraña en el desierto, baja del montecillo y se les aproxima. Una carcajada fresca, argentina y musical como un arpegio, les hace saltar atónitos. Quien se ríe es una hermosísima mujer.

De mediana estatura y delicadas proporciones, su cuerpo moreno, ceñido por estrecha túnica de gasa color de azafrán, que cubre una red de perlas, se cimbreaba ágil y nervioso, como avezado á la pantomima. Ligerero zueco dorado calza su pie diminuto, y su inmensa y pesada cabellera negra, de cambiantes azulinos, entremezclada con gruesas perlas orientales, se desenrosca por los hombros y culebrea hasta el tobillo, donde sus últimas hebras se desfiecan esparciendo penetrantes aromas de nardo, cinamomo y almizcle. Los ojos de la mujer son grandes, rasgados, pero los entorna lánguido é incitativo mohín: su boca, pálida y entre-

abierta, deja ver, al modular la risa, no sólo los dientes de nácar, sino la sombra rosada del paladar. Agitan sus manos crótalos de marfil, y saltando y riendo, columpiando el talle y las caderas al uso de las danzarinas gaditanas, viene á colocarse frente al círculo de los anacoretas.

Algunos se cubren los ojos con las manos ó se postran pegando al polvo la cara. Muchos permanecen de pie, hoscós, ceñudos, con las pupilas vibrando indignación. Uno, muy joven, tiembla, palidece y se coge á la túnica de piel de cabra del monje santo. Otro se descíñe las disciplinas de cuero que lleva arrolladas á la cintura, con ánimo de flagelar á la pecadora y destrozar sus carnes malditas. El santo les manda detenerse por medio de una señal enérgica, y acercándose á la danzarina, exclama sin ira ni enojo:

—Hermana mía, ya sé quién eres. No te sorprendas: te conozco, aunque nunca te he visto. Sé también á qué vienes, y por qué nos buscas en esta soledad. Lo sé mejor que tú: tú crees que has venido á una cosa, y yo en verdad te digo que vienes, sin comprenderlo, á otra muy distinta. Hermanos, no temáis á la hermana: admirad sin recelo su hermosura, que al fin es obra de nuestro Padre. Miradla como yo la miro, con ojos puros, fraternales, limpios de todo infame apetito. ¿Sabéis el nombre de esta mujer?

—Yo sí—contesta sordamente el jovencito, sin alzar la vista, sin soltar la túnica del mon-

je. — Es la célebre cómica y bailarina á quien en Antioquia dan el sobrenombre de Margarita. Todos la adoran; Padre mío, todos se postran á sus pies; su casa parece templo de un idolo, donde rebosa el oro y la pedrería. El diablo reside en ella, y las abominaciones la ahogan y la arrastran al infierno. Retirémonos á nuestras chozas. Esta mujer infesta el aire.

El monje guarda silencio. Por último, y dirigiéndose á la comedianta, que ya no agita los crótalos ni ríe, murmura con bondad, casi familiarmente:

—Mujer, te llaman Margarita por tu beldad y porque tus amadores te han cubierto de perlas. Posees tantas como lágrimas hiciste derramar. Tus cofrecillos de sándalo y plata están atestados de riquezas. Por cada perla de esas que ganaste con el vicio, yo te anuncio que has de verter un río de lágrimas. No me mires con terror. Yo te amo más que esos que te ciñeron las sartas magníficas y te colgaron de las orejas soles de diamantes. Si: te amo, Margarita: te esperaba ya. Ayer noche, cuando rodeada de diez ó doce libertinos beodos apostaste que vendrías aquí á tentarnos, yo velaba y hacía oración en mi choza. De pronto, vi entrar por la ventanilla, revoloteando, una paloma, que más parecía un cuervo... porque no era blanca, sino negrísima. La paloma se me posó en el hombro arrullando, y su pico de rosa me hirió aquí. Mira.

Y el monje, apartando la túnica, muestra en

el velludo pecho una señal, una doble herida roja, un profundo picotazo.

—Cogí la paloma, y en vez de hacerla daño la sumergí en el ánfora donde conservamos el agua bendita para exorcisar. La paloma empezó á soltar su costra de negro fango, y blanqueando poco á poco, vino á quedar como la más pura nieve. Limpia ya, se me ocultó en el pecho... durmió allí, al calor de mi corazón amante, y por la mañana no la vi más. Tú eres ahora la paloma negra. Tú serás bien pronto la paloma blanca. Vuélvete á Antioquía; en la primer hondonada te aguardan tu silla de manos y sus portadores, y tu escolta y tus amigos y tus aduladores viles... Pero volverás, paloma mía negra; volverás á lavarte... ¡Hasta luego!

La danzarina mira al santo, incrédula, piensa todavía á mofarse, pero sintiendo la risa helada en la garganta, y á la vez contemplando con horror y curiosidad la barba enmarañada y larga hasta la cintura, las demacradas mejillas, los brazos secos y descarnados y los ojos de brasa del asceta.

—¡Hasta luego, hermanal!—repite él gravemente, y con el dedo señala á la ladera del montecillo.

.....  
 Pasan cuatro años. El santo monje, acompañado del joven solitario que con tanto miedo se agarraba á su túnica, va á orar á los lugares donde murió Cristo, y al pasar por el monte Olivete, poblado también, como el yermo, de

gentes consagradas á la penitencia, se detiene ante una choza tan reducida, que no se creería vivienda de un ser humano. Al punto se abre una reja y asoma un rostro espantoso, el de una mujer momia, con la piel pegada á los huesos, los labios consumidos, y los enormes ojos negros devastados por el torrente de lágrimas que sin cesar mana de ellos y cae empapando el andrajoso ropaje y el pelo revuelto, desgredado y cubierto de polvo.

—¿De qué color estoy, padre mío?—pregunta con ansiedad infinita, en voz cavernosa, la penitente.—¿Negra aún?

—Más blanca que la azucena; más que la túnica de los ángeles,—responde el monje, é inclinándose con ternura, imprime en la frente de la arrepentida el cristiano beso de paz. Vuélvese después hacia el discípulo, que torvo aún por el rencor de las viejas tentaciones, tiene fruncido el ceño, y murmura:—¿No recuerdas lo que dijo el Señor? Las mujeres á quienes los fariseos llaman perdidas nos precederán en el reino de los cielos.

Para que no dudéis de la verdad de las palabras del monje, añadiré que esta es, sin variación esencial, la leyenda de la bienaventurada santa Pelagia, á quien hoy veneramos en los altares, y á quien apodaban *la perla* cuando aplaudía sus pecaminosas danzas la capital de la tetrápolis de Siria.





## SEDANO

Dos años hacía que despachábamos juntos en la misma oficina, mesa con mesa, y aún no había yo podido averiguar gran cosa respecto al buen Sedano, viejecillo flaco, temblón, de labio colgante, con los ojos siempre turbios y húmedos, pero tan exacto, tan asiduo, tan formal, tan complaciente hasta con el último meritório — con el público no hay que decir — que se le tenía por un infelizote de esos que provocan á risa. Era el viejo, á no dudarlo, lo que yo llamaría *un humillado* y *un vencido*; hombre que de plano y en conciencia se juzga inferior á los demás, y pide con su actitud que se le conserve de limosna el último puesto que ocupa en el indigesto y mezquino *banquete de la vida*.

Aficionado á los pobres de espíritu — que en compensación de la servidumbre de aquí abajo poseerán el reino de allá arriba — me declaré amigo de Sedano. A la salida de la oficina le acompañaba hasta su casa, le daba consejos, le regalaba cigarros y solía convidarle á una taza de café y á una copita de licor de damas — curaçao, kumenl ó María Brizard. — Estos obsequios

me conquistaron una gratitud tan desproporcionada á su importancia y valor, que, á la verdad, me confundía, y casi diré que me atosigaba; sí, me atosigaba, conmoviéndome un poco... pero el tósigo se sobreponía á la emoción dulce. ¿No es cierto, lector, que existe en nosotros un pudor de alma que nos hace pesado el excesivo agradecimiento? ¿No es verdad que la mansedumbre y la modestia, en grado tan alto, nos cohiben y hasta nos abochornan?

—Sedano —le dije un día para desviar la conversación del terreno del reconocimiento — cuénteme usted su vida y milagros. ¿Es V. soltero, casado, viudo? He oído que tiene V. una hija no sé dónde. Ea, á hacer confesión general.

—¡Bah! —respondió él con un destello de ironía mansa en las lloronas pupilas. — Yo tengo vida, pero milagros no; todo lo mío es bien vulgar. Soy de Zamora, y me crié en casa de una tía mía, con posibles, que me sirvió de madre. Me dejó algunos cuartitos en *treses*, que decíamos entonces. Vine á Madrid á acabar la carrera, y más adelante conseguí un destino, porque el Sr. D. Luis González Brabo había sido compañero de mi padre, que en gloria esté. Aquella aldaba me sirvió de mucho. No soy de los que más padecieron bajo el poder de Poncio Pilatos, es decir, de la cesantía. Verdad que procuro hacerme útil en *la casa*.

—Y esos cuartos que trajo V. de Zamora, ¿los gastó, ó los invirtió en otra clase de renta? —pregunté considerando el pelaje de Sedano, y

suponiendo que tal vez los famosos *treses* serían el hilo de que yo deseaba tirar.

—¡Los treses!—repitió él, bajando la cabeza, mientras una súbita llamarada encendía sus amarillentos pómulos. —Los treses... ya sabe V. que con la revolución pegaron un bajón hasta los profundos abismos. Yo supe extraoficialmente, por un *ad látere* del señor D. Luis González Brabo, ¡Dios le haya dado su santa gloria! —que iban á caer al pozo los tresecitos, y qué hago?, vendo con tiempo mis cuarenta y tantos mil pesos nominales... Así no pudo fastidiármelos la gloriosa —añadió, sonriendo con expresión de malicia pueril, como el que se frota las manos celebrando su propia sagacidad.

Miréle, y cada vez me parecieron sus trazas más incompatibles con cuarenta mil duros, ni nominales, ni efectivos. Era clásico en la oficina el gabán color de ala de mosca de Sedano, y su corbata, pasada de los fríos y calores, y su paraguas que, picado y limado en las costuras, embarcaba más agua de la que repelía. Me confirmé en que los misteriosos *treses* encerraban la clave de la historia de aquel hombre.

—¿Y qué hizo V. con el dinero?—insistí ase-diándole.

—¡El dinero!... El dinero es una cosa que no parece sino que tiene alas—dijo volviéndose al rincón obscuro, y hablando como si algo se le atragantase.

—Vamos, que lo despabiló V. alegremente. ¡Vaya con el pillín de Sedano! Francachelas,

¿eh? ¿Buenas mozas? Porque entonces era V. joven todavía.

—Francachelas, no por cierto... Yo he sido siempre raro... muy raro... hasta maniático... en ese particular de las mujeres. Me entraba un encogimiento... Nunca supe... vamos, empezar. Si no fuese por los amigos, que á veces le sacan á uno de sus casillas... Si yo le dijese á V.... iba V. á reirse de mí; pero á carcajadas. Sólo que como todo el mundo tiene su alma en su almarío... y de una manera ó de otra necesita querer á alguien, yo, cuando vine á Madrid, conocí á una señora muy guapa, viuda, hermana de un pariente mío por afinidad. Era tan buena... quiero decir, era tan cariñosa conmigo... que yo —figúrese V., un muchacho—me fui acostumbrando á su trato y á su carácter de un modo... en fin, no salía de aquella casa. Tanto, que las malas lenguas dieron en murmurar, y un día hasta oí que se decía en un corro si la señora estaba ó no en cierto compromiso. Naturalmente que primero me enfadé muchísimo y luego me burlé de los murmuradores, porque yo la miraba como se mira á las santas del cielo, y sabía de fijo que tal barbaridad no podía ser. En esto la señora se ausentó de Madrid y me quedé medio muerto, ¡con una tristeza! ¡con una soledad!... Figúrese V. mi admiración cuando una mañana entra en mi cuarto de la casa de huéspedes una mujer vestida de negro, muy tapada... ¡y se descubre y me pone en los brazos una niña! "Ampárela V., Sedano; no tiene padre, no tiene á nadie en el



mundo... á mí no me permite ampararla mi honor. ¡Qué disgusto pasé! Me acuerdo que hasta lloré con el berrinche...

—¿Era la viuda? ¿La que V. quería?

—La misma. Pero yo, por mi parte, le aseguro á V. que ni con el pensamiento...

—Lo creo, lo creo... ¿Y la niña?

Profunda transformación noté en la marchita cara de Sedano. Sus ojos, turbios y húmedos, se aclararon un instante, y augusta expresión de amor los hizo irradiar dulcemente. Os aseguro que es hermoso espectáculo el de la luz de la bondad iluminando el rostro de un hombre.

—La niña vivió conmigo veintiún años. Busqué ama, niñera... Vamos, me dió que hacer; ¡pero cosa más linda! Quisiera que V. la hubiese visto entonces. Llamaba la atención al sacarla á paseo vestidita de terciopelo azul. Yo rabiaba á veces, porque es mucha la jaqueca que levanta una chiquitina: que la dentición, que el miedo á la difteria, que la educación, que vigilarla para que ningún pillastre la engatusase... Luego gastos, muchos gastos... Por eso le pedí al señor González Brabo el destino. A Enriqueta no quería yo que la faltasen comodidades, ni gustos, ni diversiones. A su edad...

—¿Y qué ha sido de la niña?—pregunté con interés cada vez mayor.

—Casada está, y en Filipinas con su marido...

—La voz de Sedano, al decir esto, se ablandó como si la mojasen.—Se casó con un militar... En fin, á V. no he de andarle con tapujos. La

chiquilla se enamoró como una desesperada de un muchacho... que es guapo, muy simpático, muy jaranero, gracioso... perdido... ¡Así les gustan á ellas! Desde que la vi tan amelonada, no hubo más recurso que dejarlos casar. Me quedé hecho un páparo; no podía acostumbrarme, la casa se me venía encima y siempre me escapaba á la del matrimonio joven. Un día me encuentro á la criatura hecha un mar de lágrimas: "Chiquilla, ¿qué tienes?" "Ay, padrino (me llamaba así). Pepe ha jugado... fondos que no eran suyos... la vergüenza... el deshonor... Ayer compró un revólver... Si él se mata, yo también..." ¿Qué haría V. en mi caso?

—Entendido, Sedano: ya adivino el paradero de los treses...

—No, mire V., entonces no le di más que siete mil duros... Hasta dos años después... ¡Y si V. viese! ¡Parecía que se había enmendado el maldito!

—Total, que no le quedó á V. más recurso que la oficina—exclamé alargando á Sedano un *entreacto* muy oloroso.

—Y quiera Dios que no me falte—respondió él, pagándome con una de aquellas sofocantes miradas de gratitud.

Desde esta conversación, me infunde cierto respeto el gabán color de ala de mosca, y desearía insinuarme con el ministro de Fomento, á fin de parar el golpe si amaga la cesantía de Sedano.